

Francisco Amunátegui

Un libro de León Blum

(Correspondencia de París, especial para «Atenea»)



LEÓN Blum, Presidente del Consejo y Jefe de la Sección Francesa de la Internacional Obrera (S. F. I. O) no ha figurado sino últimamente en la política activa, y sólo después de la guerra, al quedar el partido decapitado por el asesinato de Jaurès, intervino en primera línea en favor de su unidad. Antes, León Blum había sido un escritor o, más exactamente, un crítico. Al oírlo ahora arengar a las multitudes, siempre aclamado por ellas; en algunas de esas grandes asambleas populares que se celebran en el Velódromo de Invierno o en la Sala Wagram, cuesta figurarse a ese gran tribuno en el aspecto austero de un literato, de un filósofo que estudia las manifestaciones de un pensamiento humano en el silencio de su gabinete.

En el período comprendido entre 1900 y la declaración de la guerra, León Blum publicó libros sensacionales, como sus «Reflexiones críticas», el estudio sobre Stendhal y el Beylismo, sus «Comentarios sobre

la literatura dramática contemporánea», la obra sobre «El matrimonio», etc. El más importante trabajo, y que con mucha oportunidad acaba de ser publicado nuevamente por la Casa Editora Gallimard, es el libro «Nuevas conversaciones de Goethe con Eckermann». Es conocida la obra célebre en la que un discípulo de Goethe, Eckermann, cuenta las conversaciones que tiene con el maestro sobre los temas más diversos. León Blum, valiéndose de esta fórmula, imagina una nueva serie de conversaciones, pero con la originalidad de ser celebradas en los comienzos del siglo XX. Puede demostrarse cierta extrañeza al oír a Goethe hablar de Baudelaire, de Maurice Barrès o de André Gide, que comenzaba a escribir, pero reflexionando se encuentra fácilmente el interés y se comprende que este trabajo haya seducido a un alto intelectual como León Blum: juzgar los acontecimientos literarios y políticos de los tiempos modernos con las concepciones, el espíritu, los prejuicios mismos del hombre de genio, que fué el padre de «Fausto». El libro no es eso sólo, pues se ve claramente que lo que Goethe dice, Blum lo piensa también. El pensamiento de Goethe de 1900 es una prolongación, más exactamente una «extrapolación», para emplear un término matemático, del Goethe de la Campaña de Francia, es decir, de 1792. Se ha reprochado al autor el haberse permitido esta libertad con un modelo tan ilustre, cuyas teorías, manera de ver y de sentir son conocidas exactamente, pero además de que un escritor como Goethe pertenece

a todos, con la sola condición de juzgarlo con la debida comprensión, desde las primeras páginas, se ve que León Blum es capaz de estudiar a tan alto personaje.

Damos uno de los ejemplos más característicos de la manera como se exponen las tesis de este Goethe contemporáneo. León Blum supone que en los últimos años de su vida ha abrigado el proyecto grandioso de escribir un tercer «Fausto». «El héroe, dice, era para mí el símbolo de la actividad humana, pero ahora veo que en el momento de escribir las dos primeras partes del drama, había formas de esta actividad que yo no distinguía» Es un caso frecuente. Así, la Revolución Francesa ha impuesto al mundo algunos principios morales y políticos que no se discuten, pero ¿por qué los genios que vivieron algunos siglos antes no habían tenido sobre esos principios la misma idea? Si el problema se hubiese presentado ante ellos, seguramente lo habrían resuelto como nosotros, pero no se presentó, ni pudo presentarse. ¿No es extraordinario que un Rabelais, un Pascal no los hayan sospechado? Goethe, hasta el fin de su segundo libro no ha considerado sino los progresos de la ciencia, «única capaz de asegurar el porvenir de las sociedades» y así deben comprenderse las últimas páginas, cuando Fausto, ciego, se dirige a los «lemures», es decir, a los fantasmas de los muertos que por orden de Mefistófeles se ocupan de cavar su propia tumba. Fausto lo ignora y, al contrario, cree que son obreros que tienen por misión sanear los pantanos y así los exhorta a conquistar las nuevas tierras

«para ser dignos de la libertad». Este reinado de la civilización, de la ciencia, no es suficiente para el nuevo Goethe y lo que necesita ahora es el reinado de la justicia y ahí comienza el tercer Fausto. Se le representa bajo la forma de un agitador socialista y a Mefistófeles como su aliado y su rival. Fausto, que es un ser puro y elevado, ha renunciado a todos los goces materiales de este mundo, llegando hasta rechazar a una Margarita rejuvenecida, para consagrarse por completo a su apostolado y está persuadido de que es posible convertir a los hombres felices a la justicia y que se puede llegar a convencerlos a que renuncien por sí mismos a sus privilegios. Por cierto que Fausto fracasa y la tercera parte termina con estas dos preguntas: ¿«Por qué algunos hombres carecen de pan? (Heine había dicho que la tierra producía suficiente pan para alimentar a todos los hijos de los hombres) y ¿por qué algunos comen un pan que no es adquirido por su trabajo?».

Volvamos a cuestiones más literarias. El Goethe de 1900 se expresa con gran claridad sobre Víctor Hugo, a quien admira profundamente. Hace notar la diferencia de las obras del poeta entre 1830 y 1860. Hugo no estaba hecho para hablar a los hombres como a sus iguales. A los 28 años se siente molesto, tímido todavía, pero después el destierro y la serenidad de la vejez lo convierten en ese semidiós, cuya historia nos ha dejado la imagen. Se dirige a los hombres como a niños y llega a ser sublime. La observación es justa

y profunda, como también es justa y profunda la que emite sobre Renán y sobre Taine. Estos dos grandes pensadores del siglo XIX profesan, en los comienzos de su vida, ideas liberales, muy avanzadas para su tiempo. A este propósito son de gran interés las reacciones de Renán, después de la «Vida de Jesús», cuando los adversarios obtuvieron su suspensión del curso en el Colegio de Francia. Vienen después 1871 y la Comuna. Estos dos hombres no comprenden el verdadero sentido del movimiento y no retienen sino las inevitables crueldades: su espíritu tranquilo se enloquece ante tan gran trastorno. A partir de 1871 ya no son liberales. Su formación social y política cambia por completo; espíritus tan grandes y tan lúcidos no pueden convertirse en renegados. Su cultura, su inteligencia siguen enteras, pero un hecho accidental, exterior, aunque de gran importancia, es suficiente para hacer desviar la evolución de su pensamiento. La correspondencia de Renán con Berthelot, publicada después de su muerte, lo demuestra claramente.

Citemos, al pasar, una hipótesis irrespetuosa, pero de interés. Eckermann se extraña de la enorme diferencia de valor entre «El Libro de la Jungla», de Kipling y las otras producciones del mismo autor. «El Libro de la Jungla» es un gran libro, que hace creer en la metempsicosis, pues no de otro modo se puede explicar el profundo conocimiento de los animales salvajes que revela Kipling: parece necesario que él mismo haya sido uno de ellos en una existencia anterior.

Goethe cuenta que el padre de Kipling era director del Jardín Zoológico de Lahore, en la India, y que estaba dotado de una prodigiosa imaginación. «El Libro de la Jungla» no es sino las relaciones paternas que Kipling oyó en su infancia y Goethe concluye con toda naturalidad que el hombre de genio era, por tanto, el padre de Kipling.

El lector quedará aún más extrañado al conocer la opinión que León Blum presta a Goethe sobre Moliere. Para él, Moliere es, por cierto, un gran escritor, pero nada más. No encuentra razonable que pueda comparársele con Shakespeare, ni tampoco, en el mismo siglo XVII, con La Fontaine, Pascal, La Bruyère, Saint Simon, Bossuet que son superiores. Debe notarse que Corneille y Racine no se encuentran en la lista. Puede creerse que Goethe, interrogado en el momento actual por León Blum, sobre esta materia, respondería en forma distinta: si hay autor clásico, cuya gloria haya ido creciendo, de siglo en siglo, en la admiración del público es, seguramente, Moliere, como puede comprobarse por las representaciones cada año más numerosas que presenta la Comedia Francesa, no a causa de su técnica teatral, seguramente pasada de moda, sino por la verdad de sus pinturas y la audacia de sus rebeliones.

Es raro encontrarse en desacuerdo con las ideas expresadas en el libro de Blum y el editor ha tenido razón al dejar establecido que no se ha cambiado en la edición de ahora, ni una coma del viejo texto, que

cuenta ya con un tercio de siglo. Este mérito es grande, puesto que se trata de materias tan inestables.

La historia contemporánea se refleja también en el libro. En el momento en que las pasiones suscitadas por el «Affaire Dreyfus» estaban en su apogeo, un periodista opuesto a la revisión del proceso, cita esta frase auténtica del maestro de Weimar: «Es preferible una injusticia a un desorden». El recuerdo es hábil, pero Goethe, a quien Eckermann se lo presenta, se indigna (en realidad hubo una polémica levantada por esta cita) y explica el verdadero sentido de la frase. Se trata de un episodio de la campaña de Francia, en el momento en que la guarnición francesa de Maguncia acaba de capitular. De la ciudad sale un hombre a caballo con numerosos bagajes: se ha enriquecido con los robos que ha hecho en la población, especialmente en los conventos. La multitud quiere aplicarle la pena de muerte y en ese momento Goethe interviene, protege al personaje sospechoso y dice: «Prefiero la injusticia al desorden». En este episodio, Goethe no pretende que se perdone a un culpable, mientras que el periodista en cuestión se oponía a que se hiciese justicia a un inocente. Goethe se levantaba contra la ley de Lynch, que es un desorden, porque ignora la justicia, pero no habría aceptado jamás dejar en el presidio a un inocente, condenado sin sujeción a ninguna forma legal.

Terminemos por un recuerdo personal de Blum, que no carece de valor. Es la página consagrada a Ver-

laine. León Blum asiste, en los últimos años de la vida del poeta, a una conversación que mantiene ante un público restringido y en la cual recita algunos de sus versos. La impresión era profunda, a pesar de las manifiestas imperfecciones en la dicción del viejo maestro que se confundía en su lectura, recomenzaba algunos pasajes, se callaba, no leía una estrofa. Se le ruega después que recite de memoria algunos trozos, cuyo texto no estaba al alcance de la mano: lo hace con tanto esfuerzo que con frecuencia un amigo se ve obligado a completar la frase empezada por el poeta. «Sin embargo, concluye León Blum, no recuerdo que jamás verso alguno me haya producido una emoción tan viva».